

Rubén Sánchez Trigos

# Los huéspedes



Finalista premio Drakul de novela



Drakul



RUBÉN SÁNCHEZ TRIGOS

# Los huéspedes

Finalista premio Drakul de Novela



FRAGMENTO DE LA NOVELA.  
PROHIBIDA SU VENTA

Primera edición, diciembre de 2008.

Corrección: Luis Requena Gijón.

Diseño de portada: Fernando M. Pinilla González.

Maquetación: Joaquín González Dorao.

Con la colaboración de: Álvaro Berlanga, María de los Ángeles Amo, Emilio Ortiz, José Fernández, José Luis Casillas, Óscar Menéndez, Juan Luis Iglesias, Óscar Rubio, Marisa Gragera, Donata Pedrazzani, Raquel Laina y Ana Ortiz.

Editor: Javier Ortiz.

© 2008, Rubén Sánchez Trigos

© 2008, Editorial Drakul, S.L.

Apartado de correos 100

28945 Fuenlabrada

Madrid – España

[www.drakul.es](http://www.drakul.es)

ISBN-13: 978-84-935348-4-4

Printed by GraphyCems.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*Para David Cánovas y Martín Coiffier,  
que siempre vuelven a levantarse.*



I'm gonna be a happy idiot  
and struggle for the legal tender  
where the ads take aim and lay their claim  
to the heart and the soul of the spender  
and believe in whatever may lie  
in those things that money can buy  
thought true love could have been a contender

are you there?  
say a prayer for the pretender  
who started out so young and strong  
only to surrender.

*Voy a ser un idiota feliz  
y a luchar por el dinero,  
donde los anuncios apuntan y reclaman  
el alma y el corazón del consumidor,  
y creeré solo en aquello  
que el dinero pueda comprar.  
Pensaba que el amor podía ser un buen rival.*

*¿Estás ahí?  
reza por el aspirante,  
que empezó tan joven y fuerte  
solo para rendirse.*

Jackson Browne  
*The pretender*



FRÍO



El hombre no sabía cuánto tiempo había tardado en alcanzar el pasillo de la planta baja, o quizá, es que el tiempo deja de existir cuando uno se muere. Sí sabía que estaba arrastrándose sobre su propia sangre, pues la sentía, entre su estómago y el suelo, como un repulsivo colchón. También sentía aquella humedad cálida, bajándole por el mentón mientras se reseca en su torso. Una parte de él no quería pensar en sangre. Otra, sencillamente, había enloquecido demasiado como para pensar en nada. Lo que ya no había era dolor. Solo frío. La muerte era una sensación tirante y gélida en su cuello. El miedo, algo que le aturdiría al límite del desmayo y emborronaba su vista.

Se apoyó con los codos en el parqué y tomó un nuevo y desesperado impulso por avanzar hacia la puerta. ¿Cuánto medía el pasillo en realidad? ¿Cuatro, cinco metros? En aquellos instantes le parecían kilómetros. Las paredes ondulaban como si toda la casa se hubiera sumergido en agua; la puerta cada vez menguaba más y más. Ahora no era más que una mancha confusa, imposible de alcanzar.

Tomó otro impulso y la puerta del chalé creció unos centímetros. Los muros y todos los demás objetos de la casa fluctuaban ante sus ojos. El hombre boqueó una, dos, tres veces, presa del pánico. Trató de convencerse de que todo lo que veía –o creía ver– era irreal, producto de la mucha sangre que había perdido, y, por supuesto, de la conmoción. Nada se movía ahí dentro. Estaba perdiendo la noción de todo, del tiempo, del espacio y hasta de las sensaciones... y eso, más que el fin, era lo que verdaderamente le aterraba.

Tembloroso, el hombre extendió su brazo, clavó sus dedos en el suelo del pasillo y se impulsó con las rodillas hacia adelante. Una de sus uñas se partió en dos pedazos con un ardoroso chispazo de dolor; parte de ella quedó adherida entre dos baldosas del parqué, una astilla roja cubierta con

pedazos de carne. El hombre no gritó; estaba demasiado sorprendido. De pronto, sin saber cómo, la puerta estaba ahí mismo, a solo unos centímetros de su cara congestionada. La casa ya no palpitaba. Los muros eran rectos, como habían sido siempre.

Se agarró al picaporte con las dos manos, y, realizando el esfuerzo más sobrehumano de toda su vida, trató de ponerse en pie. No lo consiguió, pero el picaporte cedió con un crujido sordo. La puerta del chalé se abrió unos centímetros.

Cuando salió arrastrándose de la casa, el aire fresco de la noche y el olor a tierra mojada le azotaron en el rostro. Jadeante, el hombre se desplomó sobre el porche y, al levantar la barbilla, percibió las infinitas hileras de chalés a un lado y a otro. Los oídos le zumbaban, y las luces de las demás casas se agolpaban ante sus ojos, ya casi inútiles. Todo allí fuera parecía tan irreal... sobre todo, él. Tenía que alejarse de allí como fuera, tenía que pedir socorro...

Cuando las vio, todo el frío que sentía cayó de golpe sobre él. El hombre ya no pudo moverse, tensos los músculos, abiertos los ojos.

Vistas desde el suelo, parecían un buen puñado; un grupo de diez o quince figuras. Vecinos de la urbanización, pensó al verlos junto a él, plantados en su porche, aunque en la oscuridad no reconocía ninguno de esos rostros. Pero eso era lo de menos. El frío cedió paso a una agradable sensación de calor. Le socorrerían. Llamarían a una ambulancia. ¡Salvado! ¡Vivo!

Extendió su mano hacia una de las figuras; su boca, amoratada por la falta de riego sanguíneo, intentó pronunciar la palabra 'ayuda', pero todo lo que consiguió fue un montón de burbujas de sangre que estallaron en la comisura de los labios. El hombre sintió como si su cuello ya no formara parte suya. Bajó el brazo, más mareado a cada momento que transcurría. En ese instante, la figura a la que había intentado agarrarse dio un paso hacia él. Se acuclilló, apoyando las manos en las rodillas, y pareció observarle atentamente. El hombre pensó que lo hacía para ver de cerca el corte en su cuello, y se relajó. Quizá fuera ATS; quizá, un vecino, alertado por los gritos, había llamado a un hospital, después de todo... pero nada de eso; la figura tan solo permaneció en silencio, respirando pausadamente a escasos centímetros de su cara.

¿Por qué no le ayudaban? Se estaba muriendo, eso era evidente, ¡por el amor de Dios! Una idea le asaltó de pronto, espantosa. Un terror tan físico, que llegó incluso a neutralizar el frío. ¿Y si eran ellos, que habían vuelto

para rematarle? Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo había pasado desde el asalto? ¿Una hora? ¿Minutos? El hombre tenía la sensación de que eran siglos.

Se dio cuenta de que no podía reconocer ninguno de esos rostros no porque estuviera oscuro, sino por la sencilla razón de que estaba perdiendo la vista. El velo en sus ojos convertía las figuras en manchas de alquitrán, torsos con brazos, piernas y cabezas, pero esas caras... parecía que un niño las hubiera tachado con un rotulador negro.

Creyó distinguir el resplandor de unos ojos. Pero aquellos... ojos, o lo que quiera que fueran, concentraban en ellos todo el frío de la noche; no de esa noche, sino el de todas las noches del mundo. Refulgían llenos de escarcha, y estaban fijos en él. Bruscamente, se encogió sobre sí mismo, cogiéndose las rodillas con los brazos, apretando los dientes, y empezó a temblar con más fuerza que antes, hasta el último rincón de su ensangrentado cuerpo. El frío ya no solo provenía de su garganta, sino, sobre todo, de esos ojos insondables. Las caras tachadas se inclinaron sobre él, y las figuras de alquitrán se fundieron unas con otras en un todo gelatinoso y negro.

El mundo se cubrió de hielo al mismo tiempo que ellas le miraban. Su conciencia se sumió en un abismo. Los oídos dejaron de zumbarle; toda la Tierra había enmudecido. El hombre creyó ver que las figuras se estremecían al unísono.

Lenta y pegajosamente, el mundo se apagó en torno a él y a esos seres. Lo último que su conciencia le transmitió, antes de desvanecerse del todo, fue la imagen de esas luces azules titilando sobre las caras negras. Y el frío. Siempre el frío.



PRIMERA PARTE  
LA CITA



## MENSAJE DE IGNACIO ARJOL

### 1

Todo empezó con *Los moradores de la noche*. Ahora lo sabía.

La mañana de otoño en que Álvaro Tostado oyó hablar por primera vez de la novela, se dio, como había sucedido durante toda su vida, una funesta coincidencia. Aquel día se había levantado extrañamente vigoroso, decidido a rematar por fin la segunda versión de *María y María*. Tres cuartos de hora después, cuando el teléfono vibró con el segundo timbrazo, ya había dado el cuento por imposible por tercera vez en dos meses.

Furioso y frustrado, había entrado al cuarto de baño para refrescarse la cara y evitar emprenderla a golpes con el ordenador. Fue entonces, mientras contemplaba su rostro en el espejo, cuando Álvaro escuchó el sonido del teléfono procedente del cuarto. No se movió; durante unos segundos aguardó jadeante frente a su propio reflejo, y solo cuando el contestador automático saltó, él arqueó una ceja, escuchando:

—¡Sé que estás ahí, coge el teléfono! —graznó la voz metalizada y áspera de quien era su jefe desde hacía casi veinte años: Víctor Campos. Esperó unos segundos en silencio, respirando agitadamente, y luego dijo: —¡Oh, joder! Escucha, cuando oigas este mensaje, vente pitando a la editorial, ¿entiendes? Martín Cores estará aquí en menos de una hora y no quiero hacerle esperar por ti. Es importante, ¿vale? Importante y urgente.

Después de que Víctor Campos colgara, Álvaro esperó unos instantes más antes de secarse la cara con una toalla sucia que arrojó sobre el bidé. Atravesó lentamente el largo pasillo del piso y penetró en lo que treinta años antes él y Belén —más él que Belén, desde luego— habían dado en llamar «cuarto de trabajo». Se quedó apoyado en el marco de la puerta, contemplando la habitación con gesto perplejo, como si no la reconociera como suya. Lo cierto es que aquella mañana parecía que se hubiera celebrado un festival de rock en su cuarto. El único rincón despejado era el del ordenador. Este lo presidía todo, plantado en el escritorio como un

monarca en su palacio; alrededor, encima y debajo de él no había nada, ni siquiera un montón de cuartillas escritas.

*Una cosa es no obsesionarse con la limpieza*, le había dicho Álvaro a su amigo Rafa en cierta ocasión, *y otra muy distinta no cuidar tu santuario, tu espacio de trabajo*.

Y lo creía de veras. Lo del santuario de trabajo, al menos.

Sin embargo, más allá de ese santuario comenzaba el reino del caos; en el suelo, apilados en torres como una maqueta en miniatura de Manhattan, los manuscritos encuadernados en espiral acumulaban polvo sobre sus portadas plastificadas, ocupando cada milímetro de lo que el tipo de la inmobiliaria había llamado «la habitación del bebé» mientras miraba a Belén de reojo.

Había exactamente doce novelas, la mayoría fotocopiadas cinco y hasta seis veces; algunas, las más, realmente gruesas.

Haciendo auténticas acrobacias para no tropezar con ninguna de ellas, Álvaro fue avanzando hacia el ordenador. En las portadas, los títulos se sucedían como las marquesinas de un viejo cine de serie B: *Los hijos de la sangre*, *La novia ensangrentada*, *La fuente maldita*, *La casa de los gritos...*

Eso por no hablar de los relatos cortos o de las colecciones de cuentos. Estas últimas debían de ser unas seis, tanto o más gruesas que las novelas.

Álvaro se inclinó sobre el ordenador y, moviendo el ratón, abrió el menú de Windows para apagarlo. No apartó sus ojos del documento Word abierto en la pantalla, negro sobre blanco: la segunda versión de *María y María*, casi tan decepcionante como la primera.

Había escrito un primer borrador del cuento –o un primer acercamiento, como Álvaro solía llamarlo– a mediados de los años ochenta, mucho antes de que la palabra divorcio adquiriera algún sentido entre él y Belén. Cuando acabó, el relato le pareció un soberano coñazo, y los personajes nada más que monigotes de cartón piedra. El problema era sencillo: la historia de una prostituta que encuentra a su verdadera madre cuando esta está a punto de morir no le importaba ni al propio autor que la había escrito.

–Y cuando ni siquiera el que la escribe es capaz de preocuparse por los personajes, imagínate el lector; ese es capaz de denunciarte –le había dicho Álvaro a Belén antes de encerrar el manuscrito en el trastero del piso de Aluche, el primer cuchitril que Álvaro y Belén compartieron al llegar a Madrid, junto a una docena de otros relatos inacabados con el nombre de Álvaro Tostado impreso en las portadas.

El ordenador emitió un chasquido; a continuación, el documento Word se perdió para siempre, diluido en el color negro del monitor apagado. *Mejor*, se dijo Álvaro. Pero ahora sentía en el pecho una sensación extraña, mezcla de alivio y de rabia, como le sucedía siempre que mandaba algún cuento o las primeras páginas de alguna posible novela al cajón de los olvidados. Por eso no se apartó del ordenador; al menos, no del todo. Solo que, esta vez, lo que contemplaba era su reflejo inmóvil y ligeramente abombado sobre la pantalla. Tenía cincuenta y dos años, pero bromeaba con los chicos del Coton diciendo que no aparentaba más de cincuenta y uno y once meses. No tenía aspecto de licenciado en periodismo —a pesar de que no lo era en un sentido estricto; en su momento, la carrera simplemente se había llamado Ciencias de la Información—; en realidad, no tenía aspecto de nada que guardara relación con las letras. Con su melena negra asaltada por canas, y esa barba erizada como el lomo de un gato, Álvaro habría pasado perfectamente por un corredor de apuestas, o, a lo sumo, por un subalterno de banca excitado por el exceso de cafeína. Cualquiera cosa menos un corrector de textos quemado por su trabajo.

Porque eso es lo que era.

Pero no uno cualquiera, sino el corrector de textos personal de Ignacio Arjol, el autor de los best-sellers oscuros de más éxito en España, como a su agente, Martín Cores, le gustaba referirse a él cada vez que un periodista le ponía un micrófono delante. Ignacio Arjol, el flamante autor de *Los hijos de la sangre*, el libro más perverso de los últimos diez años según la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror. Y también el más vendido, si Arjol no hubiera publicado en dos mil uno *La fuente maldita*, despachando tres millones de ejemplares en solo tres meses y pulverizando, así, su propio récord.

En cierta ocasión, Álvaro llegó a confesarle a Rafa que Ignacio Arjol había venido al mundo por dos razones: la primera, para llenar las cabezas de millones de personas con todos esos relatos acerca de hijos adictos al rol que un día degüellan a sus padres; la segunda, para atestar la casa de Álvaro con docenas de esos manuscritos y estamparle en la cara la realidad de su propio fracaso.

El fracaso, por ejemplo, de no poder acabar un solo cuento.

*Solo eres mi corrector*, parecían decirle esas páginas cada vez que Víctor Campos le entregaba una nueva novela. *¿Qué crees que haces delante del ordenador, mirando esa pantalla en blanco? Limitate a hacer tu trabajo. Te pagan por corregir, corrector, no por crear.*

Tenían razón, maldita sea.

Álvaro salió al descansillo, recogió su abrigo del perchero y se echó la bolsa de lona al hombro. Mientras salía por la puerta no pudo evitar mordearse el labio, a pesar de que se había prometido solemnemente no ponerse nervioso. Víctor Campos le había convocado con urgencia en su despacho, y, al parecer, en la reunión estaría también Martín Cores. El agente literario de Arjol solo abandonaba su mansión –sabía Dios dónde– una o dos veces al año, y parecía que esta iba a ser una de ellas. Eso solo podía significar una cosa: que Ignacio Arjol había alumbrado un nuevo libro.

Pero, ¿desde cuándo eso había provocado tanto alboroto?

*No, debe tratarse de algo mucho más grave. Relacionado con Arjol, sí,* pensó Álvaro mientras pisaba las aceras del Barrio de la Alegría, cubiertas, como el cielo de todo Madrid, por una inmensa plancha oscura.

*Pero mucho más grave.*

## 2

La Torre Cane se alzaba sobre los demás edificios colindantes en la Avenida de América. En lo más alto de su azotea, unas enormes letras rojas de neón proclamaban desde mil novecientos ochenta y ocho:

### GRUPO CANE

Le comunicamos con el mundo

Cuando Álvaro bajó del coche, el cielo seguía oscureciéndose. Álvaro atravesó el aparcamiento exterior para trabajadores de Cane, pero, como quería llegar a la editorial lo antes posible, cogió el ascensor allí mismo en vez de rodear el edificio y entrar por la suntuosa puerta principal, como hacía siempre que visitaba la torre.

Atravesó el inmenso recibidor sin que la secretaria alzara los ojos de la revista que estaba leyendo, en cuya portada una famosa modelo explicaba lo bien que se sentía después de conseguir el divorcio. Mientras esperaba el ascensor, dos guardas maduros aparecieron y se pusieron a charlar con ella. Álvaro les miró de soslayo; ni una sola vez, en los veinte años que llevaba trabajando en Cane, los había visto abalanzarse sobre nadie. Si un individuo con un cinturón de bombas alrededor del cuerpo

pretendiera atravesar los torniquetes, es posible que se dignaran a pedirle el DNI, pero eso sería todo. No por nada les habían relegado a la puerta trasera de la torre.

Unos minutos después, las puertas del ascensor se abrieron en la sexta planta; Álvaro salió de la cabina como una exhalación y cruzó la redacción de *El mañana* sin tiempo de saludar a nadie. La oficina se estremecía con la actividad propia de un lunes; los redactores se encorvaban sobre sus monitores de ordenador, hacían llamadas de teléfono monosilábicas, se requerían a voces los unos a los otros y completaban el circuito mesa-fotocopiadora-mesa en un tiempo récord. Sus voces resonaban metálicas junto a los timbres de teléfono y los chirridos del fax.

La primera vez que estuvo en la redacción, Álvaro usó la expresión «colmena de abejas trajeadas» para describírsela a Belén. Eso fue el día que realizó la entrevista para el puesto de redactor en la sección de *Sucesos*, unos diez años antes de convertirse en el lacayo privado de Ignacio Arjol. Claro que, por entonces, no podía imaginarlo. ¿Cómo iba a hacerlo? A finales de los ochenta, Álvaro no era más que un treintañero licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Vigo, que había desembarcado en Madrid junto a su esposa para buscar trabajo en los periódicos de la capital, y para...

*Bueno, para convertirte en escritor algún día. ¿Verdad, chico? El problema es que hay una pequeña diferencia entre eso y rebasar los cincuenta siendo tan solo el que corrige los textos de otro.*

Sí, por supuesto que la había.

Álvaro suspiró y subió dos plantas más a través de unas inmensas escaleras de mármol blanco; por fin, llegó ante la puerta de roble del despacho de Víctor Campos, situado en lo más alto de la Torre Cane. La secretaria de Víctor Campos debía de pertenecer a la misma escuela de su compañera, porque tampoco le preguntó por el motivo de su visita mientras él llamaba con los nudillos a la puerta.

—Pasa, Álvaro —era la voz de Campos, mucho más real surgiendo a través de la puerta que del teléfono—, y cierra detrás de ti.

El último pensamiento de Álvaro Tostado antes de consultar su reloj y cruzar el umbral del despacho —no había tardado ni media hora en completar el trayecto desde su casa— fue: *solo espero haber llegado antes que Cores.*

De veras que lo deseaba, aunque solo fuera por no aguantar la monserga del viejo.

—Adelante —por fortuna, la voz de Víctor Campos sonaba hoy bastante animada—. Tienes una silla ahí mismo, a dos pasos. Por favor, ponte cómodo.

Álvaro palpó con la punta de los dedos la silla en cuestión. El despacho estaba completamente sumido en tinieblas; en las ventanas, las persianas permanecían bajadas a cal y canto, y los objetos —la mesa, el armario macizo que Álvaro ya conocía— se habían convertido en una amalgama de formas indistinguibles unas de otras.

La figura de Víctor Campos esperaba de pie, recortada al otro lado de su mesa. No había ni rastro de Martín Cores.

Álvaro obedeció. Tomó asiento y, cruzando los brazos sobre el pecho, esperó a que Campos tomara la palabra. De no haber estado bajadas las persianas, habría podido ver el cielo de Madrid al otro lado de las ventanas, gris plomizo, erizado de azoteas más o menos parecidas a las de la Torre Cane, pero ninguna como esa. No, las oficinas del Grupo Cane no podían compararse con nada que Álvaro conociese. Aquella torre única de siete plantas, aquel monstruo de cristal y cemento, había sido diseñado a finales de los años ochenta para albergar exclusivamente el que ahora era el segundo periódico más influyente del país. Con los años, Campos había añadido Cane al lote, una de las diez editoriales de ficción de más éxito en habla hispana, y un abanico de negocios que iba desde una decena de televisiones locales de Madrid a Puerto Rico hasta una cadena de emisoras de radio FM. Un proyecto de imperio de la comunicación a punto de ser realidad.

Decididamente, la Torre no era como los otros edificios. Tampoco el Grupo Cane era como los demás grupos.

Se oyó un chasquido sordo, y, a continuación, un haz de luz nítido y recto taladró la oscuridad sobre la cabeza de Álvaro y proyectó en la pared opuesta un cuadrado blanco casi perfecto. Dentro de ese cuadrado había una diapositiva a color, una ilustración realizada con un estilo que Álvaro ya conocía. El de Fran Molla, el ilustrador oficial de Ignacio Arjol desde los tiempos de *Los hijos de la sangre*.

—Y bien, Álvaro —dijo la orgullosa voz de Víctor Campos—, aquí la tienes, recién sacada del horno.

Álvaro se revolvió en su silla, incómodo.

Se trataba de un dibujo a lápiz; trazos cortos y nerviosos en los que predominaban los ocreos oscuros y decadentes. Lo primero que pensó Álvaro es que, esta vez, todos habían ido demasiado lejos: en el interior de un

dormitorio, una familia había sido apresada por lo que parecía una horda de criaturas mutantes, venidas del infierno, del espacio exterior, o, quizá, de ambos lugares a la vez. El padre, que llevaba traje y corbata hechos jirones, permanecía amordazado y atado a la pata de una cama. Le habían amputado el pie izquierdo a la altura del tobillo, dejando al descubierto una forma blanca y sanguinolenta, y le obligaban a presenciar la violación de su mujer. Esta, desnuda a excepción de medio sujetador hecho trizas, agitaba los brazos bajo el cuerpo de uno de los asaltantes, una criatura humanoide y corpulenta, que embestía violentamente entre los muslos de la mujer. Dos monstruos más se ocupaban de las dos hijas pequeñas, vestidas con sendos pijamas rosas. Uno de ellos estaba haciendo algo en los párpados de una, con algún tipo de objeto borroso. El otro se concentraba en la boca de su hermana, puede que en su lengua; el rostro de la niña se contraía en una mueca de dolor.

*De insoportable dolor*, pensó Álvaro conteniendo un gesto de asco.

Las letras del título eran rojas, y, como siempre, el nombre del autor triplicaba en tamaño al de su obra:

IGNACIO ARJOL  
LOS MORADORES DE LA NOCHE

Álvaro hizo un esfuerzo por no reflejar en su rostro todo lo que pensaba de esta nueva portada. Miró a Víctor Campos y dijo en un tono neutral:

—¿Para cuando está prevista su publicación?

—Para diciembre —respondió el viejo—, pero, Álvaro, esta no es una novela como las otras.

—Ya veo que no. ¿La portada también la ha diseñado Arjol?

—No es solo la portada —Víctor Campos rodeó la mesa, y sus facciones de sexagenario que conserva su atractivo a fuerza de pádel y putas quedaron expuestas unos segundos a la luz—, vamos a lanzar *Los moradores de la noche* a lo grande. Escucha, la promoción ha empezado ya, hoy mismo. No sé si te has dado cuenta viniendo hacia aquí, pero hemos empapelado la ciudad de arriba a abajo. En menos de una semana todo el mundo sabrá que Ignacio Arjol tiene un nuevo libro, y lo que es más importante, por primera vez vamos a ofrecerle un adelanto a los fans, y gratis.

—¿Un adelanto? ¿Cómo es eso?

—En el periódico. Vamos a regalar el primer capítulo. Será algo nunca visto. Batiremos todos los récords de ventas, ya lo verás. Se van a volver locos en cuanto lo lean.

—Los lectores de Ignacio Arjol no necesitan que les regalen nada. Comprarían el libro aunque tuvieran que vender a su madre. Pero, en fin... —dijo una sonora palmada golpeando con las manos en los muslos y se dispuso a levantarse de la silla—. Supongo que quiere la novela corregida cuanto antes. Por lo menos, el primer capítulo, ¿verdad?

En ese instante se escuchó otro chasquido, y, casi al mismo tiempo, las luces del despacho se encendieron repentinamente. Todas y cada una de ellas, a la vez. Álvaro tuvo que llevarse el brazo a la cara y entornar los ojos antes de poder mirar.

Víctor Campos permanecía de pie frente a él, embutido en un impoluto traje negro, con su melena cana peinada hacia atrás para ocultar su incipiente coronilla.

—Hay algo más... —anunció sin apartar sus ojos de Álvaro.

En realidad, estaba mirando detrás de él. Instintivamente, Álvaro giró ciento ochenta grados para ver lo que miraba el viejo, y le descubrió. Martín Cores permanecía inmóvil en un rincón del despacho, en silencio, tan en silencio como había estado todo ese tiempo, mientras Álvaro hablaba.

En un primer instante, Álvaro no supo cómo saludarle.

Martín, en cambio, murmuró:

—Víctor tiene razón, Álvaro, esta no es una novela como las otras.

El agente literario seguía siendo fiel a su aspecto deliberadamente informal; ese día vestía una chaqueta de pana color caqui encima de una camiseta azul marinera. Además, lucía uno de esos vaqueros desgastados, escogidos de lo que Álvaro suponía su colección privada, porque era como si siempre llevara el mismo. No se había peinado, lo cual tampoco era ninguna novedad, y su pelo alborotado, casi rubio, le daba a Martín Cores el aspecto casual de quien pasaba por allí.

Por lo que Álvaro sabía, debía de rondar los cuarenta años, quizá menos. Había fundado su primera agencia literaria con veinticinco, gracias a una cartera compuesta por cuatro o cinco autores primerizos a los que engatusó para que no firmaran con Pinedo y Mar, la agencia en la que Martín Cores había pasado cinco años como ayudante, aprendiendo los trucos del oficio. En el gremio se decía que, cuando Ignacio Arjol ganó el premio Richard Matheson de novela de terror por *Los hijos de la sangre* y su nombre empezó a sonar como el de un posible éxito de ventas, la oferta de Martín Cores para representarle no fue ni mucho menos la más alta, pero sí la más rápida. Ignacio Arjol, al parecer, estaba dispuesto a firmar con el primer agente que se lo ofreciese, bien por desidia o por impaciencia. O por las

dos cosas. Quince años y veinte best-sellers después, la historia confirmaba que ni uno ni otro se habían equivocado. Hacía mucho tiempo que Martín Cores había abandonado a todos los demás autores para centrarse exclusivamente en Arjol. Por supuesto, tampoco se dignaba a leer manuscritos de escritores noveles. No, claro que no.

Eso era algo que Álvaro ya sabía.

—Supongo que te acuerdas de Martín Cores —dijo Víctor Campos adelantándose un paso hacia el agente.

—Sí, claro —masculló Álvaro. Extendió su mano hacia el hombre, que le saludó estrechando sus dedos con suavidad y clavando en él sus ojos color miel.

—¿Cómo está, señor Cores?

—Ha pasado mucho tiempo. Pero, Álvaro, tú llámame Martín, por Dios.

Álvaro se obligó a sí mismo a no fingir una sonrisa. Cuestión de principios, se dijo. El único motivo por el que no culpabilizaba a Martín Cores de todos sus males —al menos, de la parte de ellos que tenía que ver con su fracaso como escritor— era porque Belén se había pasado muchos años ejerciendo de abogado del diablo, convenciendo a Álvaro de que, si en su momento Martín se había decantado por Arjol y no por él, esa debía haber sido una decisión puramente comercial, no artística. Todo el mundo estaba de acuerdo en que Ignacio Arjol no era precisamente un arquitecto de la prosa, y de que los cuentos de Álvaro eran muchísimo mejores. Tan buenos, que hacía diez años Martín Cores le había puesto sobre la mesa de su despacho un contrato de edición por diez de ellos. Eso, le había repetido Belén una docena de veces, no se hace con cualquiera. Que unas semanas antes de formalizarlo, Cores diera con Arjol y decidiera olvidar a Álvaro y a todos sus demás clientes para dedicarse en cuerpo y alma a su nueva mina de oro no significaba nada.

Una decisión comercial. Nada más que eso.

Única y puramente comercial.

—Además —le había dicho Belén—, después te ofrecieron este empleo de corrector, cobrando cuatro veces lo que gana un corrector normal. ¿No te parece esa una buena forma de compensarte? Cualquier otra persona no se habría molestado.

Pero cualquier otra persona, pensaba Álvaro, habría aprovechado los beneficios de un autor de éxito para publicar a nuevos valores. Especialmente, aquellos a los que ha dejado en la estacada.

—Álvaro —dijo Víctor Campos sacándole de su ensimismamiento—, el señor Cores trae un mensaje para ti.

Álvaro sacudió levemente la cabeza y se volvió hacia Martín.

—Un mensaje de Ignacio Arjol —apuntó el agente.

—¿Para mí? ¿De Arjol? Es una broma, ¿no?

Martín Cores sonrió.

—Me temo que no —y diciendo esto, mostró en alto un sobre del tamaño de medio folio que hasta ese instante debía haber escondido en su espalda—, Ignacio me ha hecho prometer que te lo daría personalmente, y nunca, en casi quince años, le he faltado a mi palabra. Así que...

Extendió el sobre hacia Álvaro, pero este, en vez de cogerlo, lo miró fijamente, como quien estudia a un animal exótico sin saber si es, o no, venenoso.

—¿Qué es? —preguntó.

—Instrucciones —explicó Martín Cores—; por lo visto, quiere que vayas a su casa a buscar *Los moradores de la noche* en persona.

Álvaro alzó los ojos hacia el agente.

—¿A su casa? ¿Quién? ¿Yo?

—Es todo lo que sé.

—Considéralo un honor, Álvaro —apuntó Víctor Campos a su espalda—, nadie ha estado nunca en casa de Arjol.

*Tampoco nadie ha visto su cara*, se dijo Álvaro. Así había sido desde que firmara con Cores, y, por lo que se decía, el propio Arjol había exigido una cláusula por la cual prohibía a cualquier medio de comunicación difundir públicamente una sola imagen suya —en el caso improbable de que existiese una imagen de Ignacio Arjol, desde luego—. Hasta el mismo Martín Cores había respetado esta regla. Era bien sabido que el agente negociaba con Arjol por teléfono, firmaba los contratos por correo ordinario y recibía sus manuscritos a través de e-mail. Así estaban las cosas. Incluso para su propio agente literario, Ignacio Arjol, el maestro Arjol, como le llamaban sus innumerables seguidores, era un enigma.

Y ahora, por primera vez en toda su carrera, le estaba pidiendo a una persona que fuera a su casa. A Álvaro. A su corrector privado.

Álvaro tragó saliva. Extendió su mano y cogió el sobre que Martín Cores le ofrecía desde hacía unos segundos. Al tacto, le pareció que estaba helado.

—Entonces —dijo sintiendo la lengua seca pegándosele al paladar—, ¿qué tengo que hacer? ¿Ir a su casa? ¿Y cómo consigo el manuscrito?

—Ahí dentro están las instrucciones exactas. Lo único que sé es que debes leerlas a solas. Es lo único que Ignacio me ha pedido que te diga.

Cuando Martín Cores acabó de hablar, permaneció unos segundos mirando a Álvaro intensamente, como esperando alguna respuesta concreta de él. Así era Martín, tal y cómo Álvaro le había conocido, sobrevolaba en círculos su objetivo y muy rara vez descendía sobre él. Eso sí, cuando lo hacía, por lo que Álvaro tenía entendido, era implacable.

Álvaro no le devolvió la mirada. Contuvo la curiosidad, hizo una mueca de desaprobación y se guardó el sobre de Arjol en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego, se dirigió a Víctor Campos.

—¿Algo más?

—La novela tiene que estar corregida en menos de dos semanas. A partir de este instante, Álvaro, estamos en tus manos.

Álvaro levantó los brazos.

—Ya será menos.

Pero Campos, en vez de reírle la gracia, permaneció impasible ante él, dando la reunión por concluida.

—Por cierto, Álvaro —irrumpió la voz de Martín Cores—, ¿qué tal vas con tus cosas?

Álvaro se volvió hacia el agente literario. Martín Cores exhibía una suave sonrisa en mitad de su rostro de eterno adolescente. Una vez, Rafa le había definido con un escueto «tiene encanto». Álvaro estaba de acuerdo, pero con él ya no colaba.

—Hace años que no escribo —respondió fríamente—, ya lo sabe.

—¡Oh! —nueva pausa—. Bueno, entonces espero que te guste *Los moradores de la noche*. Me consta que Ignacio se ha esmerado al máximo. Es realmente... malvada.

—Es Ignacio Arjol —dijo Álvaro—, sus lectores no esperan menos de él.

#### 4

El sobre parecía de papel de traza marrón, normal y corriente. De hecho, no era la primera vez que Álvaro recibía un manuscrito de Ignacio Arjol en un material así. Si mal no recordaba, su novela breve *Mátame cuando hayas muerto* iba envuelta en un papel idéntico a ese. Álvaro levantó el sobre y trató de ver su contenido al trasluz, a través de la ventana, pero era imposi-

ble. Primero, porque el papel era grueso, y segundo, porque el cielo seguía preñado de nubes.

Estaba dentro del coche, en el asiento del copiloto. Alrededor de él, el aparcamiento privado del Grupo Cane permanecía en silencio. Álvaro estaba a punto de rasgar el sobre, cuando, reflejado en el espejo interior del coche, vio el inmenso cartel.

Se volvió, nervioso, para verlo mejor a través de la ventanilla. Era tan grande que sobresalía al otro lado de la tapia; debía de medir unos siete metros de largo por cuatro de alto. Lo habían instalado exactamente a la salida de la Torre Cane, en la misma Avenida de América, entre el edificio sede de UGT y un lujoso bar jamonería. La ilustración de Fran Molla para la última novela de Arjol parecía ahora mucho más inquietante que vista en la diapositiva. Álvaro comprendió que el auténtico corazón del dibujo era la violación de la esposa por parte de ese monstruo cubierto de yagas.

Encima del título habían escrito algunas frases en el mismo rojo estridente en que la prensa solía escribir el nombre de Ignacio Arjol:

La nueva pesadilla del maestro del suspense.

Más de 30 millones de libros vendidos.

En diciembre, en las mejores librerías.

Álvaro ahogó un suspiro. Suavemente, dejó el sobre en la guantera del coche y se pasó una mano por el pelo, mordiéndose el labio inferior como solía hacer siempre que le asaltaba esa comezón oscura y amarga en el estómago. Siempre que algo relacionado con Arjol le recordaba que tenía cincuenta y dos años y que ninguno de sus sueños de adolescencia se había cumplido.

No estaba preparado para leer lo que Ignacio Arjol tuviera que decirle. Aún no, maldita sea.

Cogió el teléfono móvil del asiento del conductor y lo encendió buscando demorar unos segundos más el momento de abrir el sobre. Al cabo de unos instantes, el móvil vibró. Había recibido una llamada perdida mientras estaba en el despacho de Víctor Campos.

Era de Belén.

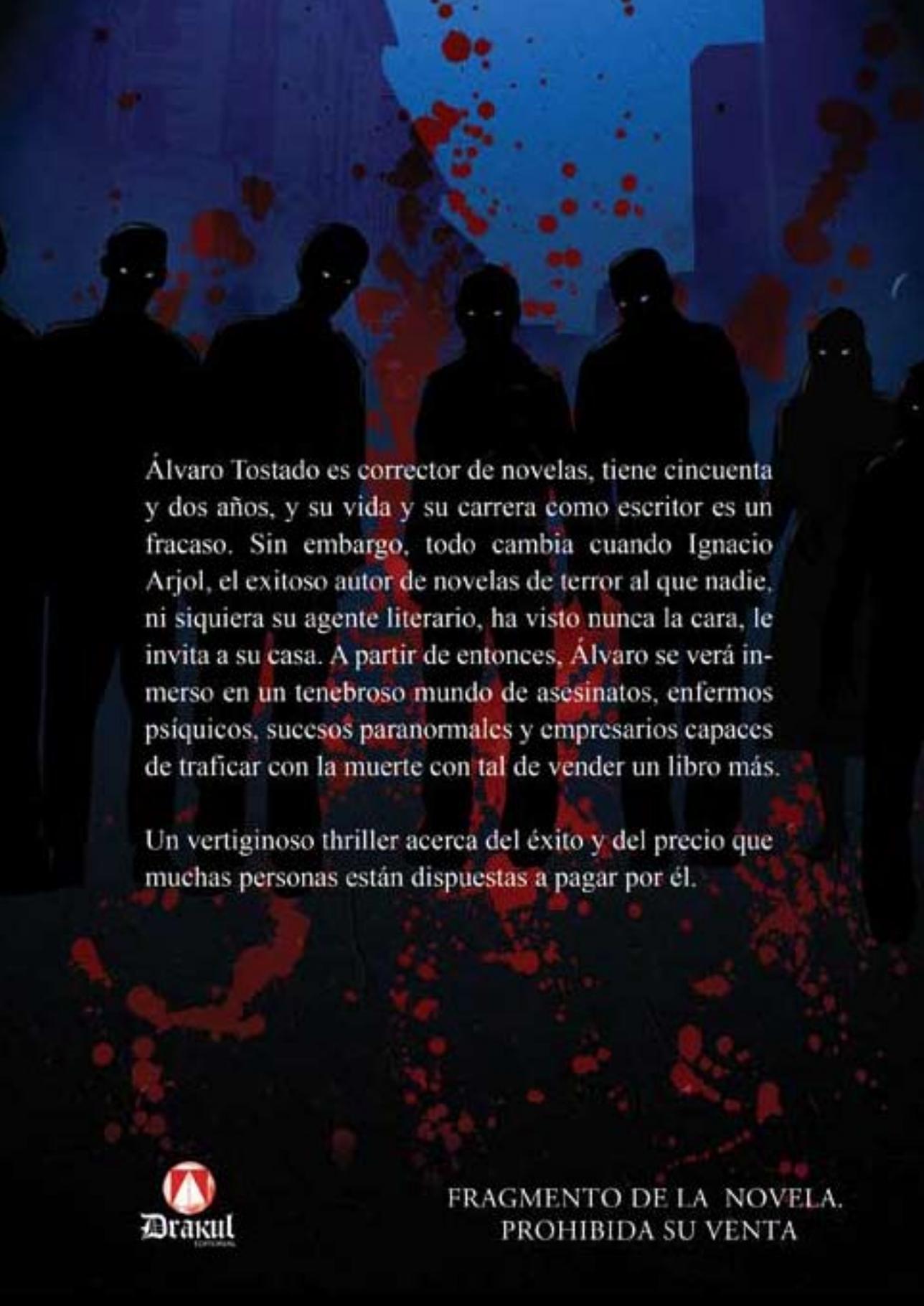
Álvaro rezó en silencio para que Belén no le hubiera escrito también un mensaje de texto. Esperó unos minutos dentro del coche, pero no recibió mensaje alguno. De todos modos, pensó, si Belén le había llamado al cabo de tanto tiempo, es que había conseguido los papeles del divorcio por

fin. Ella no, por supuesto, sino su abogado, el tal señor Zarzalejo. Daba igual. Los dos querían que Álvaro firmara y, probablemente, lo querían ya. Hoy mismo. Belén nunca se había andado con chiquitas.

*¡Oh, joder!* Arrojó el teléfono móvil sobre el asiento y lanzó otro suspiro. Es lo que faltaba hoy, *María y María*, Ignacio Arjol y su nueva y flamante novela, y ahora esto.

Esta vez no se lo pensó dos veces. Sabía que era la única manera de hacerlo. Rasgó el sobre por un lado y extrajo la nota que contenía, una carta manuscrita con una caligrafía apretada y nerviosa.

Reclinado sobre el asiento del coche, bajo un cielo que no terminaba de descargar y junto al inmenso cartel que anunciaba *Los moradores de la noche*, Álvaro Tostado se puso sus gafas de ver de cerca y empezó a leer la nota, aquello que Ignacio Arjol tenía que decirle hoy, después de diez años corrigiendo sus historias.



Álvaro Tostado es corrector de novelas, tiene cincuenta y dos años, y su vida y su carrera como escritor es un fracaso. Sin embargo, todo cambia cuando Ignacio Arjol, el exitoso autor de novelas de terror al que nadie, ni siquiera su agente literario, ha visto nunca la cara, le invita a su casa. A partir de entonces, Álvaro se verá inmerso en un tenebroso mundo de asesinatos, enfermos psíquicos, sucesos paranormales y empresarios capaces de traficar con la muerte con tal de vender un libro más.

Un vertiginoso thriller acerca del éxito y del precio que muchas personas están dispuestas a pagar por él.